



LA RONDA

Escuela Waldorf Gabriela Mistral



Septiembre 2008
N° 1

www.waldorfgabrielamistral.cl

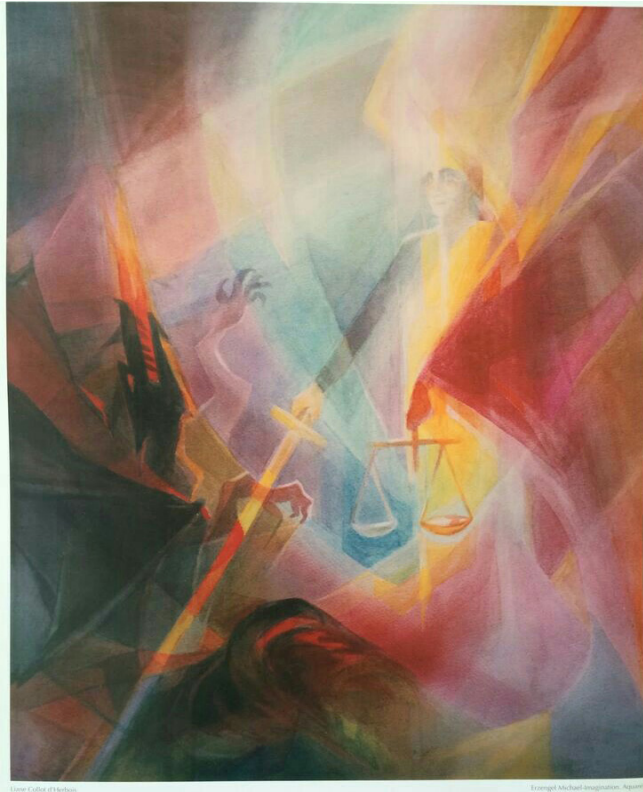
“TODO TIENE SU MOMENTO, Y CADA COSA SU TIEMPO BAJO DEL CIELO”

Las festividades son una instancia de celebración, de reunirnos en torno a algo, de hacernos parte de eso que nos mueve. Sin embargo, esas fiestas pueden perder sentido si no logramos conectarnos con su verdadera esencia, si no logramos identificarnos con ella, si no logramos darnos un espacio para su reflexión. Esta revista pretende unirnos como padres en los procesos que se viven dentro de la escuela, poder acompañar a nuestros niños en sus ritmos, entrar en el ánimo y por último poder compartir el proceso de la celebración.

Las principales festividades (Pascua de resurrección, San Juan, Micael, San Martín y Navidad) que celebramos en nuestra escuela, responden no solo a una tradición religiosa, sino también a los ritmos anuales propios con que la Tierra se manifiesta, vida que despliega a través de las estaciones (otoño, invierno, primavera y verano). Estas fiestas nos permiten hacer un camino de trabajo interior y exterior, nos permiten ir observando la naturaleza y encontrarnos con nuestros propios ritmos como seres humanos.

Hoy la Tierra está despertando, está comenzando a aparecer nuevamente la vida, y Micael nos trae una luz, pero no la luz del ciclo del día o del año, sino una luz perenne interior que hace germinar de nuestro corazón la fuerza, el coraje y el valor.





VERSO DE MICAEL

Rudolf Steiner

“Debemos erradicar del alma todo miedo y temor que el futuro pueda traer al hombre.

Debemos adquirir serenidad en todos los sentimientos y emociones con respecto al futuro.

Debemos mirar con absoluta ecuanimidad todo cuanto pueda venir.

Y debemos pensar solamente que todo cuanto venga, nos será dado por una dirección universal, llena de sabiduría.

Esto es parte de lo que tenemos que aprender en esta era, saber vivir con pura confianza, sin ninguna seguridad en la existencia; confianza en la ayuda siempre presente del mundo espiritual.

En verdad nada tendrá valor si el coraje nos falta.

Disciplinemos nuestra voluntad y busquemos el despertar interior, todas las mañanas y todas las noches.”

“CELEBREMOS JUNTOS A MICAEL”

Para muchos de nosotros Micael es un Arcangel desconocido, que con suerte habíamos escuchado en alguna lectura bíblica. Sin embargo, tras él se esconde una fuerza interior que a través de la antroposofía podemos despertar, sentir, descubrir y vivenciar.

El 29 de septiembre es el día de Micael, una festividad otoñal (hemisferio norte) donde nosotros tenemos el desafío de despertar nuestra luz interior, de encontrar la fuerza y la valentía que nos permita en conciencia, redescubrir y reestablecer nuestro vínculo espiritual, presente en nosotros y en todo lo que nos rodea. Este fuego interior no debemos confundirlo con el despertar propio de la naturaleza en esta época del año (en nuestro hemisferio), que nos hace externalizarnos, despertarnos hacia fuera. Está es un despertar interior.

Micael confía en que lograremos vencer al dragón que se ha introducido en nuestro interior, y que emprendremos una búsqueda consciente, donde lograremos comenzar un camino espiritual hacia la libertad.



Guido Reni
Autor cuadro de Micael



“En esta fiesta Micaélica debemos sentir cómo han de crecer en nosotros las fuerzas que combaten la
laxitud y el temor y que han de desarrollarse hacia la incitativa interior, hacia la volición libre, fuerte y
valiente; hemos de concebir la fiesta de San Micael como
exaltación de la voluntad poderosa”.

Rudolf Steiner



Educar con Voluntad

Como padres queremos que nuestros hijos tengan la capacidad de llevar a cabo lo que se propongan. Sea lo que sea que decidan, lo que sea que para ellos tenga sentido. Aspiramos a verlos motivados, actuando con iniciativa y decisión; puestos y jugados en su propósito, con fuerza y calor en el corazón.

Pero, ¿somos acaso nosotros mismos, dotados de una razón madura, capaces de sostener y avivar el propio fuego en el propio corazón?

En medio de esta apresurada vida nuestra, donde la información nos golpea, y la inteligencia ya es artificio, donde las demandas múltiples e inmediatas no cesan su devenir, la invitación es a la medida.

Contenernos primero a nosotros mismos, y velar por el cuidado de la propia caja de resonancia... para poder oír. Escucharnos. Discernir.

Y desde aquí hacemos responsables de lo que nos toca, de cómo queremos ser tocados y de lo que con nuestra voluntad iremos a tocar, a encuentro de qué vamos salir, que batallas vamos a librar. Responsables del propio actuar y de nuestras verdaderas prioridades. De nuestra propia verdad.

No esperemos a ser movilizados, salgamos de la vertiginosa inercia y pongamos todo el sentido de nuestro ser en el hacer. Ya que sólo cada cual será capaz de llevar a cabo eso que es importante.



¿Podemos enseñar la voluntad? ¿Cómo podemos infundir justamente aquello que se sustrae? Para un niño, poder vivenciar la fuerza de convicción desde la cual sus padres actúan, será la primera y real educación. Convenzámonos entonces de lo que hacemos o hagamos lo que nos convence y permanezcamos en eso. Enseñémosles el valor del esfuerzo, esforzándonos día tras día con amor, alegría y devoción, y animémosles a que ellos puedan tener también esa experiencia.

Cuidemos sus ritmos, respetemos su sagrada infancia, no ahogemos las primeras manifestaciones de su ser volitivo con nuestras prisas, nutrámoslos de sentido, pongamos bellas imágenes en su corazón e invitémoslos a entrar en la esfera de la voluntad desde la fuerza del espíritu, valoremos y amemos tanto la vida como para, sin llevarnos nada, seguir el camino a pie... a pie junto a ellos, nuestros hijos.



Fortalecer la Voluntad

Texto basado en “La Educación de la Voluntad”

Walther Bühler / Kurt Brotbeck. Editorial Antroposófica, 2017.

El ejercicio de la voluntad abarca desde la reacción inconsciente y refleja, como por ejemplo el parpadeo, hasta la acción humana consciente y dirigida. Pero sólo el ser dotado de razón, el ser humano, puede ser capaz de influir en la esfera de la misma, con ideas e intención, de una manera enérgica y dirigida. Un nuevo conocimiento podemos incorporarlo relativamente deprisa, sin embargo, ¡cuánto tiempo necesitamos para desechar un mal hábito, para aprender a dominar un apetito o para desarrollar una capacidad o una nueva virtud! La lucha entre la razón y los apetitos termina demasiado a menudo con la derrota de la razón. Para corregir esta profunda debilidad de carácter es necesario imponerse a uno mismo una renuncia sistemática de la satisfacción de los deseos, ejercitada repetidamente y en distintas circunstancias de la vida. Aunque en este tiempo el hombre moderno aspira a una maximización del placer,

el mencionado ejercicio no debe mermar nuestra capacidad de disfrute de la vida con alegría y agradecimiento. Cultivar la tan necesitada virtud de la mesura, a través del fortalecimiento de la voluntad, aleja de nosotros el peligro de la dependencia. Quien lo ejercite ha de ser consciente que se pone en contacto con una parte mejor de su ser, con la yoidad del hombre y con su capacidad de actuar con discernimiento y libertad. Una actuación racional siempre está penetrada por pensamientos que le dan dirección e impulso. La falta de interés y la apatía debilitan siempre la voluntad que necesita un ánimo comprometido. La superficialidad deja fría las fuerzas del alma y no las estimula. Es por esto que la vivificación del centro del hombre a través de la verdadera experiencia artística actúa despertando las fuerzas creativas de la voluntad. Todos tenemos la experiencia de que un trabajo realizado con indiferencia, falta de ganas o con desagrado,



y a largo plazo paraliza la voluntad. Por el contrario, la actividad llevada a cabo con calor y entusiasmo estimula y da vida, y ha llevado a las mayores proezas de la que la historia tiene numerosos ejemplos. La calidad anímica y espiritual por un ideal lleva directamente a la verdadera naturaleza del fuego de la voluntad. El ser humano, como único ser de la creación dotado de espíritu, es capaz de penetrar su voluntad con su pensamiento y de esa manera motivarla. Nada debilita más la voluntad que la falta de intención, los sentimientos de frustración o la falta de sentido en la vida. Una voluntad educada o cultivada desprende energía, perseverancia, actividad, capacidad creadora e iniciativa. Pero de igual manera que al hablar ha de ir también unido saber escuchar y la virtud de callar, a la esfera activa de la voluntad le corresponde saber esperar y un cierto sentido de devoción. El hombre que se supera a sí mismo y a su egoísmo, en una actividad desinteresada al servicio de la humanidad y del mundo entero alcanza su verdadera posibilidad de libertad y su valor como ser volitivo.

Para lograrlo se hace necesario educar la voluntad, lo que a su vez conlleva la formación del carácter. Todo método para educar la voluntad exige un entrenamiento o ejercicio, es decir, la repetición continuada de un esfuerzo durante largo tiempo sostenido, que permite fortalecer el yo y hacerle cada vez más consciente para que llegue a ser señor de la voluntad y con ello fuente de moderación, de ennoblecimiento, de responsabilidad y de autodomínio. Enseñar la voluntad se encuentra entre las tareas más difíciles de la educación, porque la voluntad se sustrae a todo concepto consciente. Toda educación de la voluntad comprende un aspecto físico, uno anímico y uno espiritual. En la edad preescolar todo el desarrollo de la voluntad va unido predominantemente a las fuerzas de crecimiento y formadoras del cuerpo físico; en la edad escolar se desarrolla el aspecto anímico y durante la adolescencia el espiritual. En los primeros siete años, el niño se enfrenta a una doble tarea: tiene que formar su cuerpo, ponerse de pie, dominarlo y aprender a moverse en el espacio. Una vez que la voluntad se ha hecho con

el cuerpo, se dirige hacia el exterior. El ritmo fortalece la voluntad porque va unido a la naturaleza misma del tiempo, un día ordenado regularmente da al niño tranquilidad interior, fuerza y seguridad. Esta voluntad ya se muestra en el aprendizaje a través de la práctica y repetición constante en los primeros tres años. La palabra clave para la educación preescolar es la imitación; por lo tanto en ninguna otra edad el modelo, el ejemplo de vida y comportamiento juegan un papel tan profundamente significativo y existencial que penetra hasta las fuerzas formadoras del cuerpo. Lo ideal es ofrecerles actividades plenas de sentido donde puedan participar y disfrutar del proceso para después gozar del resultado. Las narraciones también son estímulo de la voluntad infantil. Los cuentos actúan sobre la voluntad y ayudan al ser espiritual, al alma que quiere encarnarse, a abrir canales que lleguen hasta el cuerpo físico, a través de imágenes poderosas y adecuadas para el niño. Dejando así una verdadera huella y asentando las bases para una actitud valerosa y confiada frente a la vida.

El espacio que el niño experimenta en su juego es un espacio de actividad, un lugar en el que asimilar su entorno a través del ejercicio. Por eso es importante que “el juguete” deje espacio para las fuerzas de la fantasía que quieren despertar, que sugieran, ojalá a través de materiales nobles que conectan con la vida. El juego sano que le hace olvidarse de sí mismo es extraordinariamente importante, pues es la base de una voluntad flexible y de una fantasía bien desarrollada. La responsabilidad de los padres en la actualidad es mayor que en el pasado, ya que entonces no existía esta producción masiva de objetos feos que matan la fantasía y paralizan la voluntad. También la cantidad de juguetes es importante, el lugar del niño no ha de parecer un almacén de juguetes, para que de esta manera las fuerzas de la voluntad puedan focalizarse. Así también debemos cuestionar la exposición a las pantallas, no sólo porque fuerzan al niño a una pasividad total, sino también porque transmiten una realidad aparente que reduce extraordinariamente la imagen de la realidad del mundo.

Las canciones y rondas, si se hacen regularmente, también pueden contribuir a dirigir la voluntad. El movimiento alegre y lleno de sentido da calor y vivifica al organismo entero, la parte anímica penetra profundamente en la corporal y con ello crea más tarde la base de una voluntad activa y espontánea. La labor educativa ha de tener consistencia y dirección, debemos sostener la necesidad de ofrecer ejemplo al niño y darle un marco de referencia sobre el cual poder elevarse. Ningún niño está en situación de saber lo que le conviene o lo que le hace daño. El niño necesita experimentar y vivenciar la resistencia de la voluntad del adulto, fuerte y penetrada por el Yo. Sólo frente a ella puede despertar su propia voluntad de la manera adecuada y ser activada por su Yo en desarrollo. En la etapa escolar, cuando las fuerzas vitales que hasta entonces habían trabajado en el físico se liberan, quedando disponibles ahora para las ser canalizadas a través de la imaginación y de la memoria, se construye un espacio interior, una esfera en la que asimilar la experiencia de la actividad escolar, que

espera poder hacer suyos contenidos que le motiven. A la movilidad externa aparece ahora una mayor movilidad interior que se expresa en la capacidad de imaginación para las propias vivencias y la fantasía. En esta etapa se ha de seguir insistiendo en la educación de la voluntad, haciendo que el niño lleve a cabo actividades concretas en momentos específicos, de manera ordenada. La repetición de actividades ha de acompañar el trabajo de la educación desde la primera edad hasta la adolescencia, como elemento expreso de la formación de la voluntad. A la voluntad que actúa en el inconsciente no podemos llegar, pero sí podemos construir puentes hacia ella procurando vivencias y experiencias llenas de vida. El corazón y el alma han de verse activados a través del espacio del sentimiento. La corriente de comunicación ha de navegar sobre las olas de la alegría y la simpatía. Una lección atractiva, que capta el alma, es tan importante para la educación de la voluntad como para la formación intelectual, porque el sentimiento construye un puente entre la voluntad y el pensamiento.

Dirigirnos prematuramente al intelecto paraliza la región del sentimiento y deja totalmente de lado el mundo de la voluntad. A través de una enseñanza imaginativa y artística accedemos al centro anímico del niño. No para hacer artistas, si no para preparar las fuerzas anímicas en las que el niño pueda madurar. Así como el sentimiento constituye un medio y un puente entre el pensar y la voluntad, de igual manera la imagen crea el medio y el puente entre el concepto y la cosa. Ciertamente nuestro tiempo no se caracteriza por una falta de imágenes, sino precisamente por un exceso de ellas difícil de asimilar, que actúan sobre el alma de nuestros niños; pero de lo que se trata en la educación es que el niño necesita imágenes que puedan encontrar una resonancia en su alma, imágenes llenas de sentido. Hacer salidas familiares a pie o en bicicleta, o excursiones a la montaña donde podamos dirigir nuestra atención a la naturaleza son excelentes instancias de conexión. Así como también tocar un instrumento, cantar, narrar un cuento o trabajar en el jardín. En cualquier caso la experiencia de hacerlo junto a los padres es lo que toma mayor importancia, es lo

que queda. Así se preparan fuerzas formativas que a menudo acompañan a la persona como recuerdos imborrables que le dan fuerza para toda la vida. En la adolescencia ya buscamos el desarrollo de una voluntad más activa, ya que es un periodo decisivo para el desarrollo de las facultades individuales, es la fase más importante para la formación de la personalidad. Aunque la voluntad no es aún libre, ya que se encuentra todavía arropada por la envoltura anímica dentro de la cual el pensar, el sentir y el querer se desenvuelven mucho más independientes que antes. Sin embargo no debemos intentar atizar toda nueva llamita de posibilidades personales que surja hasta convertirla en un fuego gigantesco. No, al contrario, se realiza conduciendo las nacientes fuerzas individuales hacia el exterior, hacia problemas y actividades de carácter real. Sería totalmente erróneo dejar al joven regodearse en el propio torbellino interno de su alma. Cuanto más aprenda a esta edad a salir de sí mismo, a entregarse a una tarea difícil que exija mucha fuerza espiritual y física, más sano y fuerte se hará y más movilizará su voluntad.

La capacidad de perseverar es el triunfo sobre el momento inmediato, de eso depende el éxito; por el contrario, un trabajo sin terminar daña el carácter. Una educación para la libertad es el punto de partida para poder descubrir el propio destino. Vemos pues, que las posibilidades anímicas del tercer septenio son muy variadas e inagotables. Pero necesitan a un amo interior que las estimule, alimente y forme. Alrededor de los 21 años se libera la voluntad para quedar a disposición del Yo, y es el Yo el que toma ahora las riendas de la personalidad.

El periodo de la educación termina, y así comienza la fase sin fin de la autoeducación. Si las fases del desarrollo se realizan correctamente; si el cuerpo físico se ha formado durante el primer septenio a través del juego; si el cuerpo vital ha sido impregnado en el segundo septenio con imágenes y experiencias poderosas y llenas de sentido; si en el tercer septenio el cuerpo anímico ha podido ejercitarse en el mundo a través del pensar, sentir y querer, entonces se encuentra preparado el instrumento con el que el espíritu de la persona podrá construir en adelante su existencia libre e independiente.



LA HORA QUE PASA

Gabriela Mistral



Entrega tu labor; tu tela, tu ladrillo, tu cántaro o tu poema.

Hoy, no tienes más hora segura que la que pasa; no puedes contar sino con estos latidos de tu corazón, con este aliento que se exhala de tu boca, con la claridad de los ojos tuyos en esta hora. La muerte, tal vez, ya tiene tus pies dentro de su telaraña aterciopelada y blanda, y sube... y sube...

Y el pensamiento de que la muerte te espía, empinada por sobre tu cabeza, no te deje caer las manos, más bien te enardezca. Te hicieron un instrumento frágil y tu maravilla es esa misma fragilidad. Algunos árboles quintuplican tu vida; pero a ti te han sido dados solo unos días prodigiosos.

Siente qué vivos y frescos están tus sentidos en esta hora, qué alegre va la onda de tu sangre del tronco a los brazos y llega a la punta de tus dedos que se te ponen como temblorosos de ansia. Coge tu pañuelo o tu porcelana.

Apresúrate a dejar pintado el semblante de tu alma en la faena. No quedarán más retratos tuyos verdaderos que ese que haces sin saberlo en la firmeza del cañamazo que tejes o en la terca apretadura de los ladrillos que vas cortando.

Pintas el rostro de tu coraje, el perfil de tu voluntad, tu alabanza o tu frenesí.

En este instante no dejes que caiga en vano el sol sobre tu espalda; devuelve el soplo de viento, lleno de olores fértiles que bebes delante de los surcos. Devuélvelo todo. Esta es la insigne cortesía del hombre hacia las cosas. Le dan las tibias siestas, los frutos de óleos y azúcares, y tú les yergues formas nuevas por los valles. Sé el que devuelve siempre, el que no hace trampas a la vida, el que recibe con una mano y está pagando con otra. El antiguo caballero era así; la mujer fuerte de la Biblia también. Devolvían, no hacían sino devolver.

Hoy. ¡Di la palabra en tu mente y que te queme de noble impaciencia!

Para hacer la silla donde se sentará tu madre, tienes, carpintero, esta hora. Y para llenar de lana la almohada de hermanito menor, donde dormirá acordándose de ti muchas noches, doncella; y para enseñar en tu clase lo que quieres dejar hincado en la carne de la vida, maestra, tenéis esta hora, la hora que pasa. ¡Mira si será maravillosa!

Es un hilo de tu sangre que está resbalando y que, lo gastes o no, te deja disminuido, amenguado. Porque el tiempo desde que nacimos es una visible herida de traición que nos vierte gota a gota el pecho, como esos vasos que tienen una herida delgada.

Hoy: ¡toda la obra que viniste a hacer está golpeando a tu pecho, imperiosa! ¡Y no la sientes!





